

acontecimiento aumentó aún mi misantropía, y entonces me entregué á la pereza y al libertinaje. Pasaba veladas en el fondo de obscuras tabernas del vecindario, solo con mi preocupación, apoyado de codos en la mesa, delante de un jarro de porcelana lleno hasta el borde de una bebida terrible. Los pobres que me rodeaban y venían, sin duda, como yo, á pedir el olvido de sus males á estos venenos que el bajo precio pone al alcance de la pobreza, los he visto salir más desesperados que á su llegada, y murmurando por lo bajo palabras de odio y de dolor. Semejantes á mónstruos nacidos por un mágico misterio, más de una impía acción, cuya relación asusta y no puede explicarse la razón, ha salido de una de aquellas vastas copas en que la embriaguez vierte un embrutecimiento salvaje.

En medio de aquella vida en que cada día me hacía descender á una nueva degradación, el sentimiento del arte se me había alterado profundamente. El sentido creador, adormecido lentamente en el ocio, había sido reemplazado por el sentido crítico. Ante una obra que excitaba la admiración, lo primero que yo veía era su defecto. El entusiasmo también se apagaba: aplastaba con mis burlas á los que poseían aún esta hermosa virtud, que puede engañar á uno mismo, pero que no puede engañar á los demás. Fué aquel el momento preciso en que mis relaciones con los amigos que compo-

nían nuestra pequeña sociedad se hicieron más raras todavía.

Fuiste tú el único con quien conservé alguna intimidad; pero no obstante, á tí, que todo me lo decías, te callaba muchas cosas. ¿Cómo me hubiera atrevido á decirte, por ejemplo, que las confidencias que de tu felicidad me hacías, habían acabado por hacerme daño, y que, sin apercibirme de ello, al principio, llegó un momento en que mi corazón había tomado la huella de tu amor? Tú, no te apercibías de nada, ni del movimiento de envidia que me esforzaba en reprimir cuando me narrabas una entrevista más cariñosa con tu querida, ni de mi gozo mal disimulado cuando me contabas una riña pasajera entre vosotros, una cita á que faltara ella, una carta que no recibiera contestación, ó cualquier otro de tantos incidentes que dan alimento á la ternura irritándola al mismo tiempo. No veías, no comprendías nada de todo esto. Cada una de tus revelaciones era como un clavo que me hundieras en el corazón para colgar el retrato de tu querida, y ningún presentimiento enturbiaba tu confianza. Me decías ingenuamente: ¡Ah, si conocieras á María la amarías tanto! ¡Si supieras cuán bella es, cuán buena, cuánto nos queremos y qué hermoso es amar! Hablándome así cogías mis manos y me inculabas esta fiebre de placer que te hacía estremecer aún después de separarte de ella; sacudías en la humedad de mi

cuarto perfumes de tu pañuelo y, si me callaba estudiando tus palabras, acusabas mi silencio, y como un eco complaciente, me obligabas á repercutir tu alegría. ¡Oh poder del egoísmo! mientras tu entusiasmo se desplegaba ante mi tristeza ¿no has pensado nunca que quizá era una crueldad, al fin y al cabo, hablar siempre de tu felicidad, en esta buhardilla obscura, y al pie de esta cama solitaria? ¿Cuántas veces me he preguntado á mí mismo, pensando en tí: ¿será necio ó malo? ¿No habrá en su amistad un poco de ostentación y de deseo de ser envidiado?

¿Qué más te diré ahora que no lo hayas tú adivinado? Amé á María. Fué una pasión extraña y caprichosa, más vana que la sombra del humo, pero al cabo una pasión, y para el que nada tiene, poco es mucho. Me habías descrito muchas veces á tu querida; y, cosa rara, no era la imagen que yo me había figurado.

Un día fuí á espiarlos á un sitio donde os habíais dado cita. No pude verla más que de lejos y un momento, pero lo suficiente para hacerla desde aquellos instantes dueña y señora de mis pensamientos.

Entonces empezaron mis visiones y á todas horas estaba á su lado. ¡Ella venía á verme y yo la pedía perdón por recibirla en tan humilde morada! ¡Qué feliz me sentía echado á sus pies en actitud de adoración, tomando eu las mías su mano, abandonada cariñosamente! ¡Ah! hermosas locuras, ino-

centes locuras! De pronto, sonaban pasos y se desvanecía mi adorada visión.

—Acabo de dejar á María, me decías al entrar. Y á mí también acababas de hacérmela dejar; me repetías, como siempre, lo que te había dicho aquel día, y yo no podía repetir lo que la había hecho decir en mis ensueños. Entonces empecé á comprender esta imperiosa necesidad de los enamorados de hablar siempre de su amor. Andaba sin saber por donde, con el paso rápido de los insensatos felices, tomando al universo por confidente de mi alegría, lanzando al viento que pasaba el nombre querido y encargándole que llevase mis declaraciones á la que llevaba ese nombre. Hay en el bosque muchos árboles que saben todos mis secretos de aquellos tiempos, y los paseantes han hollado muchas hierbecitas que fueron un día mis amigas.

Un día te hice llevar á María, de mi parte, un ramo de flores que había cogido en uno de mis paseos matinales.

Esa locura duró cuatro ó cinco meses y hallaba en ella una dulzura verdadera, un encanto suavísimo que apaciguaba las rebeliones de mi corazón.

Una mañana entraste en mi casa con la cara descompuesta. Habiendo sorprendido el marido de María una carta de vuestra correspondencia, por miedo á malos tratos y siguiendo tus consejos, se había ella escapado de su casa.

—¡María está en peligro, la robo!—me dijiste—y necesito tu cuarto para esconderla. ¿Qué decir? ¿qué hacer? Lo que dije y lo que hice: retirarme y dejaros solos.

Y ahora, Oliverio, piensa en lo que debí sufrir la noche pasada bajo vuestra ventana, amando tanto á tu querida, á la que escondías en mi casa, y celoso de tí, que venías á refugiarte con ella al amparo de mi hospitalidad.

¡Ah, sí, mi papel en este asunto fué luego horrible! Hasta entonces sólo había sido desgraciado y loco. Cómo y por qué llegué á ser culpable, y hasta qué punto lo fuí, es lo que me queda por referirte. Habiéndote cedido mi cuarto, me había visto precisado á hospedarme en una fonda. Allí me instalé en seguida, decidido á no volver á poner los pies en mi casa mientras estuviera María. Al día siguiente llamaste á mi puerta. Acuérdate, Oliverio, del peligroso favor que venías á pedirme. No pudiendo permanecer todo el día al lado de María, venías á rogarme que fuese á hacer compañía á tu querida durante las horas en que tú estabas fuera de casa. Como estaba obligada por prudencia á permanecer escondida, temías que se aburriese en el aislamiento y habías pensado en mí para distraerla. ¡Ah! cuando me hiciste esta extraña proposición, por poco se me escapa mi secreto; subió un momento á mis labios. Sin embargo, ¿á qué se debió que callara? A algunas

palabras que me dijiste acerca de la misión que me confiabas: sin duda, no era más que una broma sin mala intención, como entre amigos pueden hacerse. Estoy seguro de que no había en lo que me dijiste la menor ironía, pero en la disposición hostil en que se hallaba mi mente entonces, me esforcé en buscar en ello un doble sentido, una alusión. Me pareció que habías adivinado el secreto que aún a mí mismo habría querido ocultar, y que te divertías con la situación en que, por desgracia mía me hallaba respecto á tí. Me figuré que á tus ojos no era más que un objeto de estudio, una máquina de experiencias: enterado de mi pasión por María, la ponía en parangón con tu amistad y, como el jugador que espera el resultado de una apuesta, me parecía esperar el fin de aquella lucha. Casi me alegré, en medio de mi dolor, al admitir esta idea, pues venía á justificar el odio instintivo que hacía algún tiempo me obligaba á vacilar al estrechar tu mano. Desde entonces te consideré como un rival. Convencido de que, antes de hacerla ir á mi casa, estabas enterado de mi pasión, mi amor propio se irritó al ver el extraño papel que querías hacerme representar. Llegué hasta suponer que todo aquello estaba convenido entre vosotros, y que María, enterada por tí de los sentimientos que me había inspirado, había inspirado, había aceptado su papel en aquella odiosa comedia. En esta disposición de ánimo acepté la llave de

este cuarto, en el que había jurado no poner los pies mientras lo habitara María.

Imagínate el monólogo que me recitaba á mí mismo: ¡Insensato!—decíame.—Han hecho sonar á tus oídos las palabras de amor, de abnegación, y te has dejado engañar, como un necio por las apariencias de una gran hipocresía. Tenías escrúpulos en querer á una mujer que era la querida de un amigo tuyo, te acusabas de tu amor como de un crimen, te esforzabas en ahogarlo en tu corazón, aunque tuviera de estallar dentro de tu pecho; pero por discreta que sea tu pasión, te la han adivinado; y en vez de respetarla, la excitan, intentan alimentarla, jugar con ella...

¿Esta prueba, tan penosa, sin embargo, para mí, fuese cual fuese su resultado, no debía servirte para glorificarte á tí mismo? Si había dicho á tu querida una sola palabra sobre un amor que no podía menos que crecer á su lado, me hubiera seguramente rechazado con indignación; pero tú, menos indignado que ella, me hubieses perdonado mi confesión por el mismo desprecio con que la habría ella recibido. Si, por el contrario, debía seguir padeciendo sin decir nada, tu orgullo habría tenido razón también para envanecerse por una muda rivalidad, y ese amor, que era origen de todas tus alegrías, te sería aún más querido cuando estuvieses convencido que él era causa de mis lágrimas.

En la primera visita que hice á María, tuve, no obstante, que desechar la idea de que era tu cómplice: me dió afectuosamente las gracias por mi hospedaje y se esforzó por imprimir á nuestra entrevista el carácter de la más expansiva familiaridad.

Hablamos sentado yo á honesta distancia de mi interlocutora.

María me habló todo, de vuestro sufrido amor y de tu amistad para conmigo.

—Le quiere á usted mucho y sería yo una ingrata si no le quisiera casi tanto como él —me dijo tendiéndome la mano.

Conocía, por lo que tú le habías referido, algunos capítulos de mi historia; me aconsejó que no desconfiara del porvenir y me alentó, en un tono que demostraba verdadero interés, para que no me divorciara de la esperanza. Como me quejaba de mi eterna soledad, exagerando un poco—lo confieso—la nota elegíaca, se me ofreció por amiga; la miré fijamente mientras me hablaba de aquel modo, porque sus palabras me parecían un lazo hábilmente tendido; pero su ofrecimiento estaba tan lleno de ingenua sinceridad que acabé por creerla.

Me preguntó sobre tu talento y me enseñó versos que le habías dedicado.

—Me gustan—dijo—quizá porque son hechos para mí, más que por mi suficiencia para juzgarlos; pero si usted los cree malos, no me lo diga,—añadió con una sonrisa que parecía pedir una aprobación.

Le contesté con tanta sinceridad como te hubiera contestado á tí mismo:

—Son versos—le dije—del primer amor y de la primera juventud; un alborear lleno de confusiones que dicen todo lo que siente el poeta. Bien pudiera ser que Oliverio haya llorado al escribirlos; pero llegará un día en que estos versos le harán sonreír; entonces habrá llegado á ser de veras un poeta: hoy por hoy no es más que un niño que sueña esforzándose por adivinar la vida, como puede adivinarse el mar en la desembocadura de un río; no sabiendo nada y hablando de todo con el temerario aplomo de los ignorantes, hablando hasta de la desgracia, ni más ni menos que como los judíos hablan de su Mesías, que esperan todavía.

—¡Oh, qué bien le conoce usted!—contestó María.—Es un niño. Nada le entristece y nada le alegra; una lágrima mía desencadena una tempestad en su corazón, y una sonrisa de mis labios basta para hacerle feliz. Pero le quiero mucho y le querré toda la vida.

—¿Piensa usted amarle siempre?—le pregunté.

Al oír esta pregunta se estremeció y me miró intranquila.

—Soy su primer amor,—contestóme.

—Precisamente esta palabra de primer amor excluye la palabra de amor único.

—Tiene usted razón; pero, por lo menos, no seré yo quien le abandone primero...

Después de esto hablamos de su situación, por la cual me pareció que se preocupaba muy poco.

Nuestra entrevista no se enturbió con ningún mal pensamiento; había llegado á olvidar hasta las sospechas acerca de tí imaginadas, y á tu llegada, por la noche, me encontraba siempre tranquilo al lado de tu querida, sin que yo tuviese necesidad de esforzarme en aparecerlo.

Esta clase de vida duró tres semanas; llegaba yo al lado de María momentos después de separarte tú, y juntos nos pasábamos el día, bordando ella y dibujando yo con la fraternal alegría de dos buenos camaradas; pero mi amor, que seguía callado, aumentaba más cada día; para no descubrirme tenía que sostener continua lucha conmigo mismo, y, no obstante, durante aquellas tres semanas no pudo siquiera sospechar que una violenta pasión se encendía bajo mi frialdad aparente. Una noche que tardabas en regresar á casa, María, intranquila, me suplicó que saliese á buscarte á casa de tu padre, pues no se explicaba la causa de tu tardanza. En mitad del camino me pareció reconocerte; seguimos nuestros pasos opuestos, y aun cuando pasamos casi rozándonos no te apercibiste, tan preocupado ibas con tu bella compañía. Os seguí de lejos algunos minutos, y os ví subir en un carruaje de punto; eran ya las dos de la madrugada. No necesité saber más: estaba lo bastante

enterado de cómo pasarías la velada y en qué emplearías las sucesivas.

En otras ocasiones no hubiera dado gran importancia á esta infidelidad, que podía ser sólo un capricho; pero el momento me pareció lo más inoportuno del mundo. Inmediatamente fuí á buscar á María, á quien inventé una historia para justificar tu ausencia, pero María no estaba ni con mucho dispuesta á dejarse convencer, y tuve que esforzarme más todavía para tranquilizarla y defender tu causa con tanto calor como si se hubiese tratado de mi mismo.

Al día siguiente, muy temprano, fuí á casa de tu padre para avisarte de mi excusa á tu ausencia de la noche anterior. Allí me dijeron que hacía ocho días ignoraban tu paradero, que habías dejado de comer con ellos, y que, además, hacía ya tiempo que dormías fuera. Esta última noticia no era nueva para mí, pero no teniendo precisión de ausentarte, ¿dónde pasabas el tiempo mientras me dejabas en compañía de tu querida? ¿Qué hacías cuando salías por la mañana protestando que ibas al despacho? Durante los ocho últimos días había observado en tí una nueva preocupación; dejabas á María cada día más temprano, y cada noche volvías más tarde. No tenías ya, como en los primeros días, aquella necesidad de soledad que te hacía encontrar razones tan ingeniosas para invitarme á dejaros solos si tardaba demasiado en salir; por el contrario, me en-

tretenías á veces hasta hora muy avanzada de la noche, y, por poco experto que fuese en cosas de amor, había descubierto en tu modo de ser indicios que revelaban un principio de hastío.

No era, pues, únicamente un capricho lo que te hizo pasar fuera de casa toda la noche anterior; lo que acababa de saber constituía una verdadera infidelidad. Regresé al lado de María con la intención de revelárselo todo, pero al llegar á la puerta me acometieron mil incertidumbres, y, por otra parte, ese papel de delator me parecía odioso. Finalmente me condené al silencio, con la esperanza de que tu inconstancia sería duradera, y reservándome para entonces obrar en el caso de una separación definitiva entre tu querida y tú. Y por lo que pudiese suceder, esperé tu regreso paseándome delante de la casa.

Cuando volviste no tuve necesidad de preguntarte: te pusiste en seguida al corriente de la intriga banal en que te habías metido á consecuencia de un reto que había interesado á tu amor propio. Te burlaste de las observaciones que me atreví á hacerte, y cuando te hablé de la intranquilidad de María por tu ausencia, me suplicaste en un tono desprendido y hasta cruel.

—Recuerda que un día, cuando me tachabas de necio, te dije: si por el contrario fuese María la que por un instante hubiese

olvidado tu nombre por otro, ¿no serías tú entonces el puritano y el necio?»

Estas últimas frases, que sólo eran hipotéticas, observé que bastaron para hacerte palidecer.

—Esas son palabras mayores, me contestaste. Si alguna vez hago el amor y cortejo á una muchacha, no es más que puro entretenimiento, *dilettantismo* de amor, caprichos que duran la vida de una flor ó los ritmos de una frase. Todo esto es muy diferente á la traición de la mujer. Si esta mujer no es coqueta ó miserable, su debilidad sólo puede nacer de la misma certeza de su amor hacia otro hombre. Si cede á este otro sin dejar de pertenecerme, entonces seremos dos los engañados. Si, por el contrario, mi querida me abandona antes de entregarse, la acción es en cierto modo perdonable. En este caso, no es el primer amor el engañado y está obligado á olvidar para siempre.

—En el caso en que te dejara María, ¿qué harías tú?—te repliqué entonces.

—Ella y yo somos libres de todas suposiciones, me contestaste con un acento de enérgica seguridad. Amo á María con toda mi alma y ella me adora y me corresponde. ¡Cómo he de suponer yo tan terrible absurdo!

—Pero puede venir un segundo...

—Estoy seguro de ella como de mí mismo.

—Es posible, sin embargo, la vida es larga, sois muy jóvenes los dos, y estás eterni-

dades y fantasías á que los enamorados llaman *siempre*, son muy cortas. ¿Quién sabe?—añadí, queriendo apurarte hasta el fin.

—¿Qué significan tus palabras? ¿A qué viene este interrogatorio á que me has sometido? ¿Qué quiere decir tu *quién sabe*? ¿Sabes algo, tiene María un nuevo amante? habla pronto, por Dios...

—Nada hombre, serénate y escucha: soy joven, María es hermosa, y tú nos dejas solos con demasiada frecuencia.

—¿Y qué, tantas palabras para salir por esas?—me dijiste riéndote á carcajadas. Y añadiste dándome un golpe en la espalda: Tú eres amigo mío, Urbano, y de todos mis amigos, el único en quien tengo ciega confianza. Y ahora vamos á ver á María: tengo necesidad de verla ahora mismo.

Recuerda también la escena que siguió á la conversación cuando estuvimos junto á María. Entregada por completo á la alegría de volver á verte, había tenido apenas tiempo para besarte, cuando te permitiste sobre mí la broma de mayor crueldad. Te reconvenía suavemente por tu ausencia, y, dejando asomar en sus palabras, quizá sin querer, un acento de celos. ¡Cómo!—le contestaste mirándonos á los dos—¿no tendría yo también derecho á estar celoso? Urbano me lo decía hace un momento: eres bella, él es joven, y os dejo solos á menudo.

María sonrió vagamente, sin comprender al principio en estas palabras más que una

puerilidad de la conversación; pero proseguiste, en tono medio serio:

—Suponiendo que no te sea fiel, tienes á mano un consuelo indicado, y que quizá tenga ya motivos para pensar que no sería mal recibido.

Parecía, que, á pesar de tu seguridad aparente, habías querido predisponer á María en contra mía, y lo lograstes demasiado bien; juro que presentí en aquel momento que le era odioso y no me equivoqué. De pronto se me ocurrió la idea de romper brutalmente la situación, confesar delante de tí mi amor por ella, informarla del empleo verdadero de tus noches y retirarme, dejando que obrara el despecho que le causaría esta revelación; pero reflexioné que era ya tarde para esto... Prevenida como estaba en contra mía, María no me hubiese creído y habría despreciado mis palabras como una vergonzosa calumnia.

Yo que podía acusar, ni siquiera podía defenderme; mi amistad y mi abnegación se comprendían así. Este amor, que para mí era una idolatría, lo aceptábais como un juguete. En vano me atormentaba por contenerlo: profanaban sin compasión mi doloroso silencio. Me servía de consuelo el pensamiento de que mi sufrimiento era respetado como debe serlo todo aquello que es sincero, y en lugar de respetarme, en lugar de compadecerme, se me burlaban. ¡Me debían agradecimiento, y me

pagaban con desprecios! ¡Oh, Dios mío! era demasiado fuerte, sí, demasiado fuerte para mí!

Cuando me encontré en la calle, entré en una taberna... Lo que hice durante aquella noche no lo supe hasta el día siguiente al despertar en mi cuarto. Al pie de la cama en que estaba tendido sin desnudarme, María sollozaba, medio muerta y medio desnuda. No habiéndome dado cuenta de lo ocurrido, iba á pedirle la explicación de cómo estaba yo en su cuarto á aquellas horas de la madrugada. María me miró con sorpresa, se cubrió la cara con las manos, y murmuró algunas palabras ahogadas por el llanto; por ellas pude comprender, no obstante, que había cometido un crimen. ¿Cómo había llegado á cometerlo? ¿Qué fatalidad me había empujado? Esto lo descubrí algo más tarde. La noche anterior, en vez de pasarla con tu querida, la habías dejado á las once. En lugar de dirigirme yo á mi nueva habitación, una inexplicable fatalidad junta con un resto de costumbre, me había hecho llegar á la puerta de mi antigua casa. Tenía una llave de la habitación que te había prestado. Estaba loco. Entré en mi casa sin saber siquiera dónde; María era más bella aun durmiendo y estábamos solos. Esto es lo que pasó hace diez años: según te decía al empezar mi relato, ella no fué más que una víctima, nada más que mi víctima.

Varias razones contribuyeron entonces á que ignorases los acontecimientos de aquella noche. María, á quien había referido el largo período de sufrimientos ajenos á mi voluntad, se compadeció de mí, ya que no me perdonó. No sólo me prometió callar, sino que me hizo jurar mi silencio.

—Y ahora,—me dijo cuando le hube prometido lo que me pedía,—cuando venga Oliverio, inventará usted una excusa para explicarle mi ausencia.

No comprendiendo todavía sus propósitos le indiqué que me los explicara.

—¿Cree usted—me dijo—que podemos continuar una hora más en este cuarto?

—¿Pero dónde hemos de ir?

—A casa de mi madre.

—Y si su marido...

—Ya le he dicho á usted que no creo que mi marido...

Y mientras hablábamos hacía envoltorios de todas sus ropas y objetos.

Resultaron vanos mis esfuerzos para hacerla desistir de su propósito.

Sus preparativos estaban terminados y sólo le faltaban detalles de su tocado. La miraba temblando mientras se colocaba el sombrero y se recogía las cintas por la nuca ante el espejo.

Cuando estuvo en disposición de salir echó una mirada en derredor, ahogó un suspiro, dió un paso hacia la puerta y apoyó la mano en la cerradura. Yo me había dejado

caer sobre la cama, siguiendo con la vista todos sus movimientos. A la hora de partir mi dolor no pudo contenerse y rompí á llorar, murmurando: —¡María! ¡María!—y caí arrodillado á sus piés en medio de la habitación. Su primera mirada fué altiva y colérica, como si mi lloro le hubiera parecido un insulto; pero su semblante se apaciguó, me ayudó á levantarme, y cuando me hube serenado de tan fuerte emoción, me dijo con su voz de los días felices:

—He prometido á usted que olvidaría, Urbano, y cumpliré mi promesa; pero me imposibilita usted para cumplirla si me exige algo más. ¡Adiós!

Iba á salir, y de pronto sonaron pasos en la escalera.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó María —¡si fuese Oliverio!

—¿Y qué?—añadí con energía—¿acaso no está acostumbrado á vernos juntos?

Llamaron á la puerta; era un mozo que llevaba á María una carta tuya en la que le participabas que su marido gestionaba por aveguar su paradero. Temeroso de que te detuviesen á tí también, le advertías, además, que dejarías de visitarla algunos días, y le recomendabas encarecidamente que extremara las precauciones. Terminabas rogándole que se fiara completamente de mí. Esta carta entristeció mucho á María, no sólo por las noticias que le dabas, sino también por la evidente frialdad que se notaba

en ella. Al manifestar á tu querida tu propósito de fingir una retirada temporal, no habías sabido expresar el sentimiento que dentro de la realidad te hubiese proporcionado tal resolución. Esta carta no pasaba de ser un aviso oficioso, y nada en ella hablabas de amor, salvo una fórmula banal trazada al correr de ja pluma.

—¿Y qué?—pregunté á María, viendo que vacilaba—¿qué va usted á hacer?

—No sé—me respondió.—¡Creo que empiezo á volverme local!

En efecto, María aparecía muy agitada.

Al darle tu carta me respondió:

—No, no la quiero; guárdela usted, si por desgracia me detienen y la encuentran en mi poder, podría comprometerle. Aunque de cualquier manera él ha pensado lo mismo, porque la carta viene sin firma.

Después de un breve silencio, María cogió de nuevo la carta, y hecha mil pedacitos se reereó unos instantes viendo cómo ardían entre las llamaradas rojas los restos de tu última comedia.

De pié junto al fuego y como abismada en la lucha insensata de las grandes decisiones, María permaneció más de veinte minutos con los ojos arrasados de lágrimas. De pronto me dijo en tono resuelto:

—¡Vaya usted por un coche! Pero pronto, volando, sáqueme usted de aquí, se lo suplico. Dos horas más y me ahogaré entre estas cuatro paredes...

Yo comprendía la delicada razón que le hacía aborrecer aquel cuarto. Entonces se me ocurrió la idea de proponerle una habitación amueblada, en el mismo piso que la mía. El sitio era cómodo y decente y el alquiler moderado. María aceptó mis indicaciones, y corriendo salí á ajustar el cuarto, que inmediatamente estuvo dispuesto.

—Ahí tiene usted dos llaves—le dije cuando se hubo instalado,—si usted lo desea, reservaré una á Oliverio.

—No—contestó cogiéndolas dos.—Dígale que he desaparecido y que empiece á olvidarme desde ahora. Aunque mi resolución es trasnochada, puesto que olvidada me tiene días há.

—¡Oh, María! tal creencia no pasa de la categoría de sospecha.

—Ya lo presentía—me dijo, y bajando los ojos, añadió:—esta noche he tenido la prueba irrevocable de su delito.

—Por esta noche—me apresuré á decir—me había usted ofrecido que olvidaría el nombre de Oliverio.

—Y os juro desde ahora que es esta la última vez que le nombro—repuso María.—Oliverio me engañaba, lo sé; y ahora comprendo los recursos de que usted se valía para cubrir sus faltas. No digo que no le ame, porque quizá mentiría; pero desde hoy comienza á decrecer mi cariño con una celeridad extraordinaria. Esta brusca separación me hará sufrir mucho, pero ante el peso de

su conducta forzosamente cederá mi corazón; no puedo creer que sólo la prudencia le haya hecho alejarse de mí. Es demasiado joven para ser juicioso y someterse á la razón. Me resisto también á acreeer que es un miedo infundado lo que le aleja; más bien prefiero pensar que está cerca de otra mujer. ¡Ojalá ella le haga olvidarme! Nuestra separación es una necesidad que él mismo ha creado. Luego escribiré una carta dirigida á usted, en la que le entere de mi partida. Si Oliverio volviese, se la enseña usted, y si tratara de informarse diga usted que no tiene más noticias que mi carta. Sobre todo, ni una palabra que pueda hacerle sospechar nada de lo ocurrido. Y ahora—terminó diciendo María,—déjeme usted sola, necesito descansar, porque estas emociones me han destrozado el espíritu.

Cuando nos separamos le reiteré mi deseo de que me tuviese á sus órdenes en todo y por todo; le supliqué, además, me permitiera volver al cuarto que acaba de dejar.

—¡Oh, sí, es muy justo que siga usted en su casa! Además, que si llegase Oliverio, podría parecerle extraño no encontrar á usted en su habitación. Pero no olvide usted, Urbano, que aun siendo vecinos permaneceremos completamente extraños el uno para el otro; con esa condición me quedaré en esta casa. Cuando necesite algo de usted, ya se lo pedirá por escrito.

Pasaron tres días, durante los cuales no

recibí noticia ni supe nada de María. Tampoco de tí pude averiguar una palabra, lo que comenzaba á inquietarme. El cuarto día, cuando salía de mi habitación, se abrió la puerta del suyo y se presentó en el dintel la portera de la casa, que me llamó por señas.

Hallé á María acostada; parecía estar muy enferma.

—No es nada—me dijo—me ha visto el médico y me ha tranquilizado. Solo necesito descanso.

—¡Pero necesita usted cuidados también!

—Esa buena mujer que acaba de salir me cuida perfectamente.

—Escribiré á Oliverio ó iré á verle...

—Ni una palabra acerca de esto—me contestó. Yo guardaba silencio contemplando su rostro bañado de pálida melancolía.

—Le he llamado á usted para pedirle un favor—prosiguió.—He escrito á dos ó tres individuos de mi familia, al objeto de que me envíen dinero; pero, en espera de su contestación, me es preciso recurrir á otros medios. Afortunadamente tengo algunas joyas: ruego á usted que me haga la merced de empenármelas.

Y me indicó una cajita en la que había un reloj, algunas sortijas y unos cordelillos de oro.

—No es esto todo—continuó María.—Me aburro extraordinariamente en este cuarto; me ahogan estas cuatro paredes; necesito

aire, movimiento. Durante tres semanas no he salido á la calle, y ya he sufrido bastante en mis encierros, por dulces que pudieran parecerme. Ahora creo que me moriría si me encerraran en esta habitación. En fin, quiero salir de vez en cuando, y por más precauciones, quiero disfrazarme. Cuando tenga usted el importe de mis joyas, cómpreme usted vestidos de hombre para salir á las oraciones.

—¿Habla usted en serio?—le pregunté extrañado.

—¡Ya lo creo!—contestó María—Mire usted, ya he empezado mi disfraz.

Y metiendo la mano bajo la almohada, me enseñó, envuelta en un pañuelo, su magnífica peluca negra de hombre. Me he dejado justo el pelo preciso para parecer un colegial—añadió quitándose el gorro para enseñarme su nuevo peinado.

Me estremecí al ver aquella mutilación.

—¡Ah, pobres cabellos!—murmuró enterrando sus manos entre sus largos rizados, —¡era lo mejor de mi cuerpo! Cuando niña me llevaron de educanda á un convento, y recuerdo que gustaba de aquella vida de quietud pasada en mi celda tranquila; los paseos bajo los árboles del jardín, las capillas tan adornadas los días de fiestas solemnes; tuve entonces propósitos de profesar en el claustro, pero deseché la idea por temor á perder mis hermosos cabellos, y mi madre aprobó mi conducta; sería un crimen—decía.—Y

ahora, sin embargo, he cometido el crimen por mi gusto. ¡Pobres cabellos míos! ¡Mis rizados cabellos, tan queridos y adorados por mí!—añadió más tristemente estrujando la cabellera entre sus dedos.

Tan emocionado estaba, que tuve necesidad de volver la cabeza para que no advirtiera la humedad de mis ojos.

Mirándola el rostro auxiliado por espejo, ví que María besaba aquella cabellera *muerta*, como la había llamado, y sin duda buscaba en ella la huella de tus besos.

Salí para ir á empeñar sus joyas y reunirle fondos. Después correteé la vecindad buscando ropas de hombre que pudieran servirle, y se las llevé en seguida.

La pobre enferma mostrábase muy agradecida á mi solicitud por sus encargos.

—Dentro de dos ó tres días—dijo—me pondré este vestido para salir á paseo.

—¿Saldrá usted sola?

—Sí, sola, pero en coche—me contestó con un tono que no permitía insistir.

Al día siguiente María me llamaba de nuevo. La encontré disfrazada con su traje de hombre, y al no estar en el secreto, hubiera sido casi imposible reconocerla; tal era la metamorfosis que se había operado en su figura.

—Hace muy buen día—me dijo;—estoy algo mejor y voy á salir; este paseo acabará de restablecerme. ¿Quiere usted ir á buscarme un carruaje?

Como estaba todavía algo débil, permitió que la diera el brazo para bajar la escalera; pero no quiso de ningún modo aceptar mi compañía.

—¿Volverá usted?—le pregunté cuando estuvo en el coche.

—No tema usted por mí—me contestó: —sí, que volveré. Diga usted al cochero que me lleve al Bosque de Boulogne.

Su paseo se prolongó hasta bastante tarde. Cuando volvió parecía aún más triste que á su partida. Fijándome en sus mejillas pude observar que había llorado.

—¿No ha venido nadie á buscarme?—dijo mirándome fijamente.

—Sólo una persona podía venir—le contesté—y no la he visto. Pero si desea usted ver á Oliverio, iré á buscarle.

—No, no—contestó María con ímpetu.—He cambiado de modo de pensar; si viniese por su propia iniciativa, dígame usted que he salido de esta casa; pero déle á entender que aunque usted sabe donde vivo, no podrá verme hasta que se aclaren estos incidentes judiciales del asunto de mi marido. Así verá de una vez si su cariño sigue mis pasos, ó si á estas horas ha desligado ya su corazón del mío.

—¡María, usted se engañaba á sí misma, usted le ama con una pasión loca y perturbada! Escríbele, pues, yo le llevaré la carta y dentro de una hora estará á vuestros pies.

—¡Oh, no, eso no!—contestó.—Sería muy

felíz viéndole otra vez; pero para ello es preciso que vuelva espontáneamente...

A la hora en que hablábamos esto te dirigías á nuestra casa. Tus actos de indiferentismo habían vivido cinco días. Cuando subías la escalera, ella reconoció tus pasos y mudó de color. Yo corrí á mi cuarto temeroso de que te apercibieras de mi imprudencia.

—¡Supongo que le recibirá usted!

—De ningún modo; por ahora me basta con verle llegar á mi puerta.

—Pero reflexione usted, María, que esas crueldades...

Acababa de llegar á mi habitación cuando llamaste á la puerta. Tu primera palabra fué preguntar por ella. Te contesté dándote á leer la carta que me había escrito; entonces atravesó por tu imaginación la primera ráfaga de celos; yo te referí la comedia tal como la habíamos convenido. Hablando, hablando, dí á mi papel mil matices que ella no me había indicado. Lo llené de reticencias con aire misterioso, palabras entrecortadas de aquellas que se desmienten unas á otras.

—¿Y dónde está?—me preguntaste con una vehemencia en la que empezaba á morder un principio de despechada soberbia.

Después de muchas excusas banales que á nada conducían, acabé por confesarte que sabía el sitio donde se ocultaba, mas me ne-

gué á indicártelo y esperé que te arrojarías á mi cuello para arrancarme la verdad.

—Pero tú te limitaste á decir:

—De modo que eres el único que conoce el secreto de su alojamiento.

—¿No se lo impusiste así tu mismo, recomendándole que por su propio interés siguiera todos mis consejos?

—Cierto — replicaste. — Pero es preciso que nos veamos hoy mismo; te lo ruego, te lo suplico...

Cuando te separaste de mí fuí á contar á María el objeto de tu visita y lo infructuoso de tu petición.

—¿Por qué no le recibe usted?—le interrogué.

Y para decidirla le dí a entender que este contratiempo podría abrir nuevo campo á tu conducta futura y á tus celosas sospechas.

—¿Cree usted que le tranquilizaría saber que no he salido de esta casa? Además—añadió con terez ingenuidad,—siento menos necesidad de verle desde que sé que él tiene este deseo.

Al otro día, el asilo de María era descubierta. Acababan de llevársela cuando tú llegaste para suplicarme que te condujera al lado de tu querida. Al encontrarme en el cuarto que ella acababa de dejar, y en el que se revelaba su estancia por algunos objetos suyos que había dejado, lo que sólo había sido en tí sospecha se convirtió en realidad. Pasé entonces por indigno y poco caba-

llero, y hubo un tiempo en que me había apropiado el papel de Judas; pero aun esta tarde, en la comida, cuando nombraron á María, todas las miradas me insultaron callando. He querido acabarlo, no para los demás, cuya opinión me es indiferente, sino para tí, y por eso te he hecho esta larga aclaración de nuestra historia. Nuestra pasada fraternidad, por más que nos esforcemos en creer lo contrario, es una religión muerta ya. Nuestra existencia obliga á nuestros más queridos sentimientos á que sólo se guien por nuestro interés; hemos llegado por fin al polo frío de la razón; sólo al calor de los recuerdos puede calentarse nuestro corazón y latir unos instantes á la manera de aquellos días. Estoy seguro, mi querido Oliverio.

III

Todo el tiempo que nos restaba de camino—prosiguió Oliverio después de haber observado un momento la impresión que este relato había producido en su compañera, —hablamos de usted. Cuando llegué á casa, á pesar del cansancio del paseo, no pude dormir, y toda la noche pensé en usted. Al día siguiente me despertó su recuerdo sentado a mi cabecera. Me siguió con persistencia en medio de mis negocios, en medio de mis trabajos. En fin, durante todo el mes que ha seguido á mi conversación con Urbano, ha ocupado usted tanto lugar en mi

vida como hace diez años. No sé qué presentimiento me decía que tenía que encontrarla, y que no tardaría mucho, en cuya previsión me sucedía á veces que preparaba lo que había de decirle; ensayaba mi primera entrevista con usted para cuando la casualidad nos quisiera reunir. Esto serían niñerías, si usted quiere, pero tenían para mí una dulzura incomparable.

—¡Es raro!—contestó María.—Cuando nos encontramos anteayer también hacía algún tiempo que soportaba una situación parecida á la de usted. Desde mi regreso á Francia he oído hablar de usted muchas veces y tuve una gran dicha al conocer su nueva posición; pero en seguida se unió á mi alegría una tristeza indefinible: había oído, de boca de personas que parecían conocerle, ciertas relaciones sobre usted que no me permitían conservar la esperanza que hoy se realiza.

—¿Qué era ello?—interrumpió el pintor—¿que le han dicho sobre mí que haya podido autorizarle á poner en duda la verdadera alegría que tendría al encontrarme de nuevo a su lado?

—¡Ah, Dios mío!—exclamó María;—su existencia actual me es completamente desconocida, lo único que sé de ella es por referencias... Pero debe ser la vida accidentada, á la que ya aspiraba usted cuando joven. En medio de las agitaciones de cada día, entre todos los lazos que aprisiona un capricho y que otro desata, podía pensar

que habría, por mi parte, casi alguna temeridad en suponer que aun tuviese usted un sitio para colocar en él mi recuerdo... ¡Es tan larga la fecha de diez años!... Pero no importa, tuve una dulce emoción cuando se acercaba usted á mí.

—¿Me encontraba usted muy cambiado?—preguntó Oliverio.

—¡Oh, mucho! pero desde las primeras palabras reconocí la voz que antes me había acariciado.

—¿Verdad, Oliverio, que yo he envejecido horriblemente?

—¡Oh, no! vuestra juventud no decae. Para mí es usted la misma, siempre la misma, querida María.

María y Oliverio callaron un momento, durante el cual se buscaron sus miradas y se enlazaron sus manos.

—¡Es extraño!—dijo María.—Debía hacer á usted una porción de preguntas que ahora no recuerdo.

—Yo también quiero hacer memoria de algo que me interesaba por conocer.

Quizá mi compenetración en ciertos secretos me harían un gran daño.

Afortunadamente tenemos tiempo para preparar el ánimo á resistir viejas y temidas confidencias.

—Son las dos de la tarde—dijo María.—Aun faltan cuatro horas para separarnos.

Y ésta, observando que su compañero fruncía el entrecejo, añadió riendo: